

## LA CATEQUESIS DE JUAN PABLO II SOBRE DIOS PADRE

LUCAS F. MATEO-SECO  
JUAN I. RUIZ ALDAZ  
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

La enseñanza de Juan Pablo II sobre Dios Padre tiene como documento central la Encíclica *Dives in misericordia* (30-XI-1980); su enseñanza se despliega después en numerosas intervenciones, especialmente en las propiamente "catequéticas". Entre estas catequesis destacan las pronunciadas en 1985, 1998 y 1999<sup>1</sup>. Afloran en estas intervenciones convicciones muy profundas de Juan Pablo II y hondos sentimientos de piedad en torno a la paternidad de Dios, a la filiación del Hijo, a nuestra filiación adoptiva en Cristo y, especialmente, en torno a la misericordia divina. Estas catequesis constituyen un verdadero tratado sobre Dios Padre en el que se recogen las principales aportaciones de la exégesis y de la teología del siglo XX, campos en los que Juan Pablo II muestra una magnífica información.

Centraremos nuestra atención en estos documentos, en unas páginas que sólo quieren ser una sencilla introducción a la enseñanza sobre Dios Padre legada por Juan Pablo II a la Iglesia.

---

<sup>1</sup> Las catequesis de 1985 sobre Dios Padre forman parte de un comentario de Juan Pablo II al Credo: cf. JUAN PABLO II, *Creo en Dios Padre* (Madrid 1996). Las catequesis de 1998 y 1999 constituyen la preparación inmediata para el jubileo del año 2000.

## I. LA ENCÍCLICA *DIVES IN MISERICORDIA*

El comienzo de DM es una magnífica síntesis de las líneas de fuerza en que se asienta el planteamiento teológico de Juan Pablo II sobre Dios Padre<sup>2</sup>. He aquí las afirmaciones que lo vertebran y que constituyen un buen horizonte en el que situar cuanto dice en las catequesis:

Jesucristo nos ha revelado a Dios como Padre. Esta revelación ha tenido lugar en cuanto ha dicho, en sus gestos y, especialmente, en la conciencia filial que ha manifestado a sus discípulos. Jesús en su Persona y en sus actuaciones es la plena revelación del Padre a los hombres. Su Santidad se apoya en un texto joánico de la Última Cena de gran importancia a la hora de hablar de la igualdad que existe entre el Padre y el Hijo. Se trata de la respuesta de Jesús a la petición de Felipe de que les muestre al Padre: Quien me ha visto a Mí ha visto al Padre (Jn 14,9). En el extenso magisterio de Juan Pablo II esta afirmación es citada con frecuencia: el rostro de Jesucristo es la revelación suprema del rostro de Dios; la revelación del Padre tiene lugar en el mismo Jesucristo; el misterio de la Cruz es revelación suprema del Padre.

Se recoge en estas afirmaciones una de las consideraciones más universales y más elaboradas de la cristología del siglo XX:

---

<sup>2</sup> "Dios rico en misericordia (Ef 2,4) es el que Jesucristo nos ha revelado como Padre; cabalmente su Hijo, en sí mismo, nos lo ha manifestado y nos lo ha hecho conocer. A este respecto, es digno de recordar aquel momento en que Felipe, uno de los doce apóstoles, dirigiéndose a Cristo, le dijo: Señor, muéstranos al Padre y nos basta; Jesús le respondió: (...) *el que me ha visto a mí ha visto a mi Padre* (Jn 14,8-9) (...) Siguiendo las enseñanzas del Concilio Vaticano II y en correspondencia con las necesidades particulares de los tiempos en que vivimos, he dedicado la Encíclica *Redemptor hominis* a la verdad sobre el hombre, verdad que nos es revelada en Cristo en toda su plenitud y profundidad (...) El hombre y su vocación suprema se desvelan en Cristo mediante la revelación del misterio del Padre y de su amor (...) Cuanto más se centre en el hombre la misión desarrollada por la Iglesia, cuanto más sea, por decirlo así, antropocéntrica, tanto más debe corroborarse y realizarse teocéntricamente, esto es, orientarse al Padre en Cristo Jesús. Mientras las diversas corrientes del pasado y del presente del pensamiento humano han sido y siguen siendo propensas a dividir e incluso a contraponer el teocentrismo y el antropocentrismo, la Iglesia, en cambio, siguiendo a Cristo, trata de unir las en la historia del hombre de manera orgánica y profunda. Este es también uno de los principios fundamentales, y quizás el más importante, del Magisterio del último Concilio" (DM 1-3).

la importancia de la revelación que hace Jesucristo de su propia intimidad, es decir, de su conciencia filial. Como ha subrayado Joachim Jeremias, esta revelación encuentra uno de sus momentos álgidos en el "Abbá" de Jesús<sup>3</sup>.

El Papa tiene en el trasfondo de su pensamiento esta observación elemental tan destacada por la teología contemporánea: Jesús nunca dijo de sí mismo que era Dios; Él dijo de sí mismo que es el Hijo con tal radicalidad que sus discípulos entendieron que la única forma de tomar en su integridad la afirmación de Nuestro Señor es entender esta filiación como una filiación natural, es decir, aceptando que en Dios hay una auténtica generación por la que el Padre engendra al Hijo al mismo tiempo que se constituye en Padre.

Padre e Hijo con términos esencialmente relativos: Padre dice relación esencial al Hijo e Hijo dice esencial relación al Padre. De ahí que Jesús, al revelar el misterio divino de su intimidad, revele en plenitud el misterio de la vida divina, es decir, la Trinidad. En efecto, el Abbá de Jesús revela no sólo al Hijo en cuanto hijo, sino también al Padre en cuanto Padre. En este párrafo y en las numerosas intervenciones catequéticas, Juan Pablo II entiende por el Abbá de Jesús (cf. Mc 14,38; Rm 8,15; Ga 4,6), no sólo el uso de esta palabra tan entrañable para los niños judíos, sino todo el comportamiento filial de Jesús. Con un buen hacer teológico, lee el Nuevo Testamento teniendo presente todo su conjunto: lee el "Abbá" desde el comportamiento filial de Jesús, y lee el comportamiento de Jesús a la luz del "Abbá". Esto le facilita destacar la estrecha unidad existente entre Padre e Hijo y, por tanto, la Persona del Cristo como revelación del Padre, es decir, sacar las consecuencias de 14,9. De ahí que insista en esta consideración: Jesús mismo, en toda su realidad redentora, es signo y revelación de la misericordia del Padre; en su Corazón y en su misericordia se revela cómo es el Padre.

Desde *Redemptor hominis*, el Papa viene subrayando otra afirmación de suma importancia para la soteriología y para la teología de Dios Padre: la Redención es antes que nada iniciati-

---

<sup>3</sup> Cf., por ejemplo, los estudios de J. Jeremias sobre el Abbá de Jesús: *Abbá. El mensaje central del Nuevo Testamento* (Salamanca 1993).

va del Dios de la Alianza; el Hijo ha sido enviado por el Padre para que el mundo no perezca sino que tenga vida eterna (cf. Jn 3,16-17; Ef 2,4). "¡Qué valor debe tener el hombre a los ojos del Creador, si ha merecido tener tan grande Redentor (misal Romano, himno *Exultet*), si Dios ha dado a su Hijo a fin de que él, el hombre, no muera, sino que tenga vida eterna! (cf. Jn 3,16)" (RH 10).

Se trata de consideraciones muy conocidas y, en cierto sentido, obvias por la claridad con que están expresadas en la Sagrada Escritura. Y sin embargo era muy importante ponerlas de relieve para evitar el que se pueda distorsionar la enseñanza cristiana sobre el misterio de la Redención. El Dios "airado" por el pecado del hombre, es una imagen distorsionada de la realidad. La verdad es esta otra: el Dios ofendido por el pecado del hombre, es el Dios que "reacciona" misericordiosamente enviándole a su Hijo como hermano y como redentor. Juan Pablo II, en una de esas formulaciones sugerentes que con tanta frecuencia se encuentran en sus escritos, hablará un poco más adelante de que Dios Padre "permanece fiel a su paternidad" en una hermosa exégesis de la parábola del hijo pródigo, que es la clave de toda la encíclica. El padre de la parábola, insiste el Papa, es fiel a su paternidad y, en consecuencia, es fiel a la dignidad filial del hijo.

El Papa advierte explícitamente en este primer número de la Encíclica que, al decir esto, está pensando en el misterio de la redención y en la verdad sobre el hombre, concretamente en el número 22 de *Gaudium et spes*: la verdad sobre el hombre se encuentra en la revelación que Cristo hace de su propia intimidad, es decir, de su propia filiación. Diciéndolo con las palabras textuales, "el hombre y su vocación suprema se develan en Cristo mediante la revelación del misterio del Padre y de su amor" (DM 1).

He aquí la clave de la dignidad del hombre. Esta dignidad radica en su propia naturaleza hecha a imagen y semejanza de Dios precisamente para que esté abierta a su vocación de hijo en Cristo; radica sobre todo en su vocación de hijo en el Hijo. Por esta razón, la revelación del misterio del Padre y de su amor manifestado en Cristo constituye la suprema revelación de la dignidad del hombre. A este respecto, resultan inolvidables las vibrantes frases de *Redemptor hominis*: "en realidad, ese pro-

fundo estupor respecto al valor y a la dignidad del hombre se llama Evangelio, es decir, Buena Nueva" (n. 10).

De ahí que la misión que desarrolla la Iglesia sea al mismo tiempo "antropocéntrica" y "teocéntrica", ya que el Hijo de Dios es esencialmente filiación total al Padre. Lo mismo sucede con todo hombre llamado a vivir esa misma filiación "injertado" en Cristo (cf. Jn 15,1-8): él es antes que nada y fundamentalmente un ser elegido antes de la creación del mundo para participar en esta relación filial. El Papa concluye este número de apertura con las siguientes palabras:

Mientras las diversas corrientes del pasado y presente del pensamiento humano han sido y siguen siendo propensas a dividir e incluso contraponer el teocentrismo y el antropocentrismo, la Iglesia en cambio, siguiendo a Cristo, trata de unirlos en la historia del hombre de manera orgánica y profunda. Este es también uno de los principios fundamentales, y quizás el más importante, del Magisterio del último Concilio (...) Hoy quiero añadir que la apertura a Cristo, que en cuanto Redentor del mundo «revela plenamente el hombre al mismo hombre», no puede llevarse a efecto más que a través de una referencia cada vez más madura al Padre y a su amor.

Estas frases del Papa desarrollan el nexo indisoluble que ya señalaba el Concilio Vaticano II entre Dios, Cristo, el hombre y la Iglesia. He aquí el recorrido constante del pensamiento de Juan Pablo II, radicalmente antropocéntrico y por esto mismo profundamente cristocéntrico y teocéntrico. Esto es así, porque considera a Dios en su fontalidad de Padre, a Cristo en su radicalidad de Hijo en absoluta y eterna relación filial al Padre, y al hombre llamado a ser hijo en el Hijo por el Espíritu Santo.

Juan Pablo II expresa esta misma visión teológica y con los mismos elementos en la hermosa oración que compuso para el año jubilar dedicado a Dios Padre:

Bendito seas Señor,  
Padre que estás en el cielo,  
porque en tu infinita misericordia  
te has inclinado sobre la miseria del hombre  
y nos has dado a Jesús, tu Hijo, nacido de mujer,  
(...)  
Gracias, Padre bueno,  
por el don del Año jubilar;  
haz que sea un tiempo favorable,  
el año del gran retorno a la casa paterna,

donde tú, lleno de amor,  
 esperas a tus hijos descarriados  
 para darles el abrazo del perdón  
 y sentarlos a tu mesa  
 vestidos con el traje de fiesta.  
 (...).  
 Padre clemente,  
 que en el Año santo  
 se fortalezca nuestro amor a ti y al prójimo;  
 que los discípulos de Cristo  
 promuevan la justicia y la paz;  
 se anuncie a los pobres la buena nueva  
 y que la Madre Iglesia  
 haga sentir su amor de predilección  
 por los pequeños y marginados.  
 (...)  
 Padre omnipotente,  
 haz que todos tus hijos sientan  
 que en su camino hacia ti,  
 meta última del hombre,  
 les acompaña bondadosa la Virgen María,  
 icono del amor puro,  
 elegida por ti para ser Madre de Cristo  
 y de la Iglesia<sup>4</sup>.

Las líneas de fuerza son las mismas que las que encontramos en el comienzo de DM, sólo que ahora expresadas poéticamente, en forma de oración: Dios, Cristo, el hombre, la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo. Encontramos recalcada la iniciativa del Padre en el envío del Hijo, la misericordia que llena el corazón del Padre, la parábola del hijo pródigo como manifestación de la fidelidad del Padre a su paternidad.

### 1. *La parábola del hijo pródigo*

En DM, Juan Pablo II utiliza formulaciones felices y oportunas sobre Cristo en cuanto "materialización", e "hypostatización", de la misericordia del Padre: en la revelación de Cristo conocemos a Dios Padre sobre todo en su relación de amor al hombre, en su "filantropía"; en Cristo y por Cristo se hace particularmente visible el Padre en su misericordia. Cristo personi-

---

<sup>4</sup> Cf. *L'Osservatore romano* (4-XII-1998).

fica y encarna la misericordia del Padre: "Él mismo es, en cierto sentido, la misericordia" (DM I,2).

En el trasfondo de estas afirmaciones se encuentra lo que se dice en el Nuevo Testamento sobre la igualdad entre el Padre y el Hijo. Las palabras del Papa evocan también el Símbolo de Nicea (a. 325): el Hijo es de la misma sustancia del Padre, Dios de Dios, Luz que procede de la luz. Y se podría añadir: misericordia que procede de la misericordia. De ahí la fuerza con que el Papa dice que Cristo personifica y encarna la misericordia del Padre; y viceversa, que la misericordia de Cristo revela el verdadero rostro del Padre de las misericordias.

Esta parábola, prosigue el Papa, nos permite "comprender con exactitud en qué consiste la misericordia divina". En el comportamiento del padre de la parábola se manifiesta su actitud interior; en esta parábola se recoge la visión veterotestamentaria de la misericordia divina, "en una síntesis completamente nueva, llena de sencillez y de profundidad". La clave es esta: "el padre del hijo pródigo es fiel a su paternidad, fiel al amor que desde siempre sentía por su hijo" (DM 38). Esta fidelidad se expresa en la acogida del hijo, en la alegría del padre, en la fiesta generosa con que celebra la dignidad recuperada del hijo.

El padre se conmueve cuando divisa de lejos al hijo que vuelve. Las causas de esta conmoción, comenta el Papa, hay que buscarla en la dignidad recuperada del hijo: "el padre es consciente de que se ha salvado un bien fundamental: el bien de la humanidad de su hijo. Si bien éste había malgastado el patrimonio, no obstante ha quedado a salvo su humanidad. Es más, ésta ha sido de algún modo encontrada de nuevo" (DM 39).

Juan Pablo II termina su exégesis con unos párrafos llenos de audacia, precisamente porque subraya, en forma nueva cómo "compromete" al Padre el hecho de su paternidad: "Se puede decir por tanto que el amor hacia el hijo, el amor que brota de la esencia misma de la paternidad, obliga en cierto sentido al padre a tener solicitud por la dignidad del hijo" (DM 40).

## II. LAS CATEQUESIS SOBRE DIOS PADRE

Estos mismo temas son desarrollados ampliamente en las catequesis. Basta repasar el índice para comprobar que el Papa pronuncia un precioso tratado sobre la Persona del Padre, desde los temas dedicados a Dios en la Sagrada Escritura, hasta la centralidad que ocupa en él la revelación del Padre en el misterio de Cristo, la forma en que aborda la “experiencia” filial de Jesús de Nazaret, o la explicación de lo que significa “conocer” al Padre<sup>5</sup>.

A todos estos temas, usuales en las actuales monografías sobre Dios Padre, deben añadirse catequesis personalísimas y muy sugerentes de Juan Pablo II sobre la paternidad de San José como reflejo de la paternidad divina y las catequesis dedicadas a Santa María como hija del Padre y como camino hacia el Padre.

Las catequesis de Juan Pablo II son densas, y sin embargo son pedagógicas, precisamente por la perfecta unidad interna que tienen. El Papa dedica cada catequesis a un tema concreto, estructurado según las exigencias del propio tema. Por esta razón me limitaré a citar las que, a mi modesto entender, pueden ayudar a comprender mejor la rica teología sobre Dios Padre contenida en ellas.

### 1. *Del Padre al Padre (16-12-1998)*

Llama la teología a Dios Padre *fons et origo totius Trinitatis*, fuente y origen de toda la Trinidad. Juan Pablo II toca este tema en el comienzo de sus catequesis sobre Dios Padre tomando su fontalidad como punto de partida de las catequesis y de la historia. La historia de la humanidad es una “salida” del Padre y una “vuelta” al Padre según el conocido esquema bonaventuriano de *exitus-reditus*: todo procede del Padre y todo encuentra su sentido en el regreso al Padre.

El tema es tratado siguiendo las palabras que pronuncia el Señor que en la Última Cena: Salí del Padre y he venido al mundo. Ahora dejo otra vez el mundo y voy al Padre (Jn 16,28).

---

<sup>5</sup> Cf. L. F. MATEO-SECO, *Teología Trinitaria: Dios Padre* (Madrid 2003).



Todo procede del Padre, tanto en el seno de la Trinidad como en la creación. En el centro del impulso de la creación hacia el Padre está Cristo que es quien lo revela. La afirmación de Juan Pablo II es doble: El Padre es el centro de la vida de Jesús y, a su vez, Jesús es el único camino para llegar al Padre (cf. Jn 14,6). El misterio trinitario es un misterio de comunión interpersonal entre las Personas divinas; el misterio de nuestro fin no es más que el misterio de nuestra comunión, en Cristo, con las tres divinas Personas. La vida eterna, dice el Papa, "no es más que la participación de los creyentes en la vida misma de Jesús resucitado y consiste en ser insertados en la circulación de amor que une al Padre y al Hijo, que son uno (cf. Jn 10,30; 17,21-22). Es una comunión en el Espíritu, que es el "vínculo eterno que une al Padre y al Hijo, e implica a los hombres en este inefable misterio de amor".

El mismo Espíritu es también quien une al hombre con el Padre y el Hijo haciéndole participar de la filiación de Cristo. Juan Pablo II remite a uno de los textos paulinos más abarcan-tes en el tema de nuestra filiación divina y su repercusión en la creación entera (Rm 8,15). Es el Espíritu el que nos hace clamar ¡Abbá!, injertándonos en la filiación de Cristo y en razón de esta filiación en la vida íntima de la Trinidad.

## 2. *En san José se refleja la paternidad divina (20-1-1999)*

Juan Pablo II dedicó una deliciosa catequesis a la paternidad divina en cuanto que se refleja en la paternidad de San José. En san José, dice el Papa llamado a ser el padre terreno del Verbo encarnado, se refleja de modo muy singular la paternidad divina: "San José es el padre de Jesús, argumenta el Papa, porque es efectivamente el esposo de María. Ella concibió virginalmente por obra de Dios, pero el Niño es también hijo de san José, su esposo legítimo. Por eso, en el evangelio a ambos se les llama «padres» de Jesús (cf. Lc 2,27. 41).

Mediante el ejercicio de su paternidad, San José coopera, en la plenitud de los tiempos, en el gran misterio de la redención: Su paternidad se ha expresado concretamente al haber hecho de su vida un servicio; al haber convertido su vocación humana al amor doméstico con la oblación sobrehumana de sí, de su

corazón y de toda capacidad, en el amor puesto al servicio del Mesías, que crece en su casa<sup>6</sup>.

### 3. *La paternidad de Dios en el Antiguo Testamento (20-1-1999)*

Desde el primer punto de vista, el de la experiencia humana universal, Israel reconoció la paternidad divina a partir del asombro ante la creación y ante la renovación de la vida. Pero más allá de esto, en Israel se forja la imagen de la paternidad divina a partir de las intervenciones salvíficas de Dios. Dios demuestra que es el padre de Israel de manera singular, como lo atestiguan las palabras que dirige a Moisés: Y dirás al faraón: Así dice el Señor: Israel es mi hijo, mi primogénito (Ex 4,22). Esta condición filial afecta a todos los miembros del pueblo de Israel, pero se aplica de modo singular al Mesías. La tradición mesiánica afirma una especial filiación divina del Mesías. Dios dice al rey mesiánico: Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy (Sal 2,7; cf. 110,3).

Es una paternidad tan divina, y al mismo tiempo tan "humana" por los modos en que se expresa, que resume en sí también las características que de ordinario se atribuyen al amor materno. El Papa subraya con gusto los rasgos "maternales" de la paternidad de Dios. Las imágenes del Antiguo Testamento en las que se compara a Dios con una madre, dice el Papa, aunque sean escasas, son muy significativas (cf. Is 49,14-15; 66,13).

### 4. *La experiencia del Padre en Jesús de Nazaret (3-3-1999)*

Con el Nuevo Testamento, entramos en una revelación sobre la paternidad divina que profundiza en la enseñanza del Antiguo Testamento y que, al mismo tiempo, implica una radical novedad. La paternidad de Dios ya no se limita a indicar su relación fontal y amorosa con las criaturas, sino que expresa antes que nada una relación intradivina que caracteriza su vida íntima; la paternidad ya no es un rasgo "genérico" de Dios, sino una propiedad de la primera Persona en Dios.

---

<sup>6</sup> Cf. JUAN PABLO II, Exh. Apost. *Redemptoris custos* (15-VIII-1989) n. 8.

En el misterio de su intimidad trinitaria, existe en Dios paternidad y filiación; el Padre es padre desde siempre, en cuanto que engendra al Verbo eternamente en el hoy de su eternidad. Con su encarnación redentora, el Verbo se hace solidario con nosotros precisamente para introducirnos en esa vida filial que él posee en el infinito de la eternidad.

Esta revelación específica de la paternidad del Padre se funda en la experiencia filial de Jesús de Nazaret. Sus palabras y sus actitudes ponen de manifiesto que él experimenta la relación con el Padre de una manera totalmente singular: Él es el Unigénito. Juan Pablo II utiliza los argumentos usuales en los manuales de teología para hablar de la especial filiación de Cristo al Padre. La relación de Jesús con el Padre es única.

Sabe que el Padre lo escucha siempre; sabe que manifiesta a través de él su gloria, incluso cuando los hombres dudan o lo rechazan. En virtud de esta singular convicción, dice el Papa, Jesús puede presentarse como el revelador del Padre, con un conocimiento que es fruto de una íntima y misteriosa reciprocidad, como lo subraya él mismo en el himno de júbilo: Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, y nadie conoce bien al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar (Mt 11,27).

El Papa dedica los párrafos más densos al Abbá de Jesús. El término arameo, que podríamos traducir en las lenguas modernas como «papá», dice el Papa, expresa la ternura afectuosa de un hijo. Jesús lo usa de manera original para dirigirse a Dios y para indicar, en la plena madurez de su vida, que está para concluirse en la cruz, la íntima relación que lo vincula a su Padre incluso en esa hora dramática. «Abbá» indica la extraordinaria cercanía entre Jesús y Dios Padre, una intimidad sin precedentes en el marco religioso bíblico o extrabíblico.

##### *5. La relación de Jesús con el Padre revelación del misterio trinitario (10-3-1999)*

Juan Pablo II se hace eco en esta catequesis del acontecimiento de la revelación del misterio trinitario: los cristianos creen en el Dios de Jesús. También aquí el Papa utiliza sistemáticamente los textos bíblicos y los argumentos utilizados por los recientes manuales de teología.

Jesús mantiene una relación muy especial con «su» Padre, anota el Papa. Esta unión esencial con el Padre no sólo acompaña la actividad de Jesús, sino que determina todo su ser. Juan Pablo II utiliza aquí un lenguaje casi técnico, propio de la teología sistemática, pero haciéndolo lo más cercano posible: “Partiendo del Hijo, la reflexión del Nuevo Testamento, y después la teología enraizada en ella, han profundizado el misterio de la ‘paternidad’ de Dios. El Padre es el que en la vida trinitaria constituye el principio absoluto, el que no tiene origen y del que brota la vida divina. La unidad de las tres personas es comunión de la única esencia divina, pero en el dinamismo de relaciones recíprocas que tienen en el Padre su fuente y su fundamento”.

Basándose en esto, la fe cristiana comprende la igualdad de las tres personas divinas: el Hijo y el Espíritu son iguales al Padre, no como principios autónomos, como si fueran tres dioses, sino en cuanto reciben del Padre toda la vida divina, y se distinguen de él sólo en la diversidad de las relaciones.

#### 6. “Conocer” al Padre (17-3-1999)

Juan Pablo II centra esta catequesis en la oración sacerdotal de Jesús (Jn 17) a la que considera “un testamento espiritual, con el que Jesús pone en las manos del Padre el mandato recibido: dar a conocer su amor al mundo, a través del don de la vida eterna (cf. Jn 17,2). En este pasaje, Jesús describe la vida eterna como conocimiento de Dios (Jn 17,3).

En el lenguaje bíblico, prosigue el Papa, el conocimiento no se refiere sólo a la esfera intelectual; implica también una experiencia vital que compromete a la persona en su totalidad y, por tanto, también en su capacidad de amar. Se trata de un conocimiento que permite “encontrar” a Dios, situándose en el proceso que la tradición teológica oriental llama “divinización”.

Se puede conocer a Dios como padre en diversos niveles. Hay un conocimiento natural de Dios a partir de la creación: ella lleva a reconocer en él el origen y la causa trascendente del mundo y del hombre y, en este sentido, a intuir su paternidad. En el Antiguo Testamento, conocer a Dios como padre significa remontarse a los orígenes del pueblo de la alianza: ¿No es él tu padre, el que te creó, el que te hizo y te constituyó? (Dt 32,6).

En todas estas formas se atribuyen por antonomasia a Dios los valores que se experimentan en la paternidad humana.

Conocer al Padre significa encontrar en él la fuente de nuestro ser y de nuestra unidad, en cuanto miembros de una única familia; significa también estar sumergidos en una vida “sobrenatural”, la vida misma de Dios. Por consiguiente, el anuncio del Hijo sigue siendo el camino maestro para conocer y dar a conocer al Padre; en efecto, como recuerda una sugestiva expresión de san Ireneo, “el conocimiento del Padre es el Hijo”<sup>7</sup>. Juan Pablo II aduce la frase de Ireneo con toda intencionalidad: no es sólo que hayamos conocido al Padre por la revelación del Hijo, sino que sólo en el Hijo se conoce al Padre. Hijo y Verbo se identifican. Diciéndolo con palabras de San Agustín, el Verbo es Verbo en cuanto Hijo y es Hijo en cuanto Verbo; el Hijo es Hijo del Padre, porque es el conocimiento del Padre.

El Papa cita un pensamiento muy querido para San Ireneo, que encontramos frecuentemente en sus obras. La fe cristiana es esencialmente trinitaria y, toda ella está referida en última instancia al Padre, que es fuente y origen de la Trinidad. Encontramos un texto parecido en *La demostración de la fe apostólica* (n. 6), que se encuentra en el trasfondo de cuanto está diciendo Juan Pablo II sobre “conocer” al Padre: “Los que llevan el Espíritu de Dios son conducidos al Verbo, es decir, al Hijo; el Hijo los presenta al Padre, y el Padre les da la incorruptibilidad. Así pues, sin el Espíritu no es posible ver al Hijo de Dios, y sin el Hijo nadie puede acercarse al Padre, pues el conocimiento del Padre es el Hijo, y el conocimiento del Hijo de Dios se hace por medio del Espíritu Santo”<sup>8</sup>.

#### 7. Testimonar a Dios Padre es la respuesta cristiana al ateísmo (14-4-1999)

Desde la Const. *Gaudium et spes*, la preocupación por el ateísmo y sus remedios ha venido creciendo. También es universal la convicción que el remedio más importante es predicar al Dios de Jesucristo, es decir, al Dios trinitario. En estas catequesis,

<sup>7</sup> *Adv. haer.*, IV, 6, 7 (PG 7, 990 B).

<sup>8</sup> Ed. Sources Chrétiennes, n. 62, pp. 41-42.

Juan Pablo II se centra en el testimonio cristiano de Dios Padre como la respuesta eficaz contra el ateísmo, dicho de otra forma, hacer accesible a los hombres de hoy la verdad completa sobre Dios Padre.

Siguiendo el itinerario marcado por San Ireneo, Juan Pablo II insiste en que el camino que lleva al conocimiento de Dios Padre es Jesucristo, que viene a nosotros con la fuerza del Espíritu Santo. Este conocimiento es auténtico y pleno con tal de que no se reduzca a algo meramente intelectual, sino que implique de modo vital a toda la persona humana. Ésta debe dar al Padre una respuesta de fe y amor, consciente de que, antes de conocerlo, ya ha sido conocida y amada por él (cf. Ga 4,9; 1 Co 13,12; 1 Jn 4,19).

#### 8. *María, hija predilecta del Padre (5-1-2000)*

Como es lógico, al hablar de la relación de Santa María con el Padre, Juan Pablo II se apoya en el título mariológico “Hija de Dios Padre”, que es tradicional y que se encuentra presente en el Vaticano II<sup>9</sup>. En Santa María se manifestó el plan divino de amor para la humanidad.

Este plan del Padre comienza a manifestarse en el «Protoevangelio», cuando, después de la caída de Adán y Eva, Dios anuncia que pondrá enemistad entre la serpiente y la mujer: el hijo de la mujer aplastará la cabeza de la serpiente (cf. Gn 3,15). La promesa comienza a realizarse en la Anunciación, cuando el ángel dirige a María la propuesta de convertirse en Madre del Salvador.

Es deliciosa y de honda raigambre patrística la exégesis que hace Juan Pablo II de la primera palabra del saludo del Ángel: Dios te salve. Comenta el Papa: Alégrate, llena de gracia (Lc 1,28). Con estas primeras palabras dirigidas a María, el Padre revela su intención de comunicar a la humanidad la alegría verdadera y definitiva. La alegría propia del Padre, que consiste en tener a su lado al Hijo, es ofrecida a todos, pero ante todo es encomendada a María, para que desde ella se difunda a la co-

---

<sup>9</sup> CONC. VAT. II, Const., *Lumen gentium*, n. 53.

munidad humana. En María la invitación a la alegría está vinculada al don especial que ha recibido del Padre.

En el rostro de María, comenta el Papa, se refleja el rostro misterioso del Padre. La ternura infinita de Dios-Amor se revela en los rasgos maternos de la Madre de Jesús. La Virgen conservó y renovó con perseverancia la completa disponibilidad que había expresado en la Anunciación. El inmenso privilegio y la excelsa misión de ser Madre del Hijo de Dios no cambiaron su conducta de humilde sumisión al plan del Padre. Entre los demás aspectos de ese plan divino, ella asumió el compromiso educativo implicado en su maternidad. La madre no es sólo la que da a luz, sino también la que se compromete activamente en la formación y el desarrollo de la personalidad del hijo. Seguramente, el comportamiento de María influyó en la conducta de Jesús.

Entre el Hijo y la Madre se dio un maravilloso intercambio: Jesús recibió de María una verdadera educación, que forjó su humanidad; María se dejó influir y formar por su hijo. En la progresiva manifestación de la conciencia filial de Jesús, María descubrió cada vez más profundamente al Padre.

### 9. *María en el camino hacia el Padre (12-1-2000)*

El Papa completa su reflexión sobre María en las catequesis dedicadas al Padre, subrayando su papel en nuestro camino hacia Él. Él mismo quiso contar con la presencia de María en la historia de la salvación. Cuando decidió enviar a su Hijo al mundo, quiso que viniera a nosotros naciendo de una mujer (cf. Ga 4,4). Así quiso que esta mujer, la primera que acogió a su Hijo, lo comunicara a toda la humanidad. Por tanto, María se encuentra en el camino que va desde el Padre a la humanidad como Madre que da a todos a su Hijo, el Salvador. Al mismo tiempo, está en el camino que los hombres deben recorrer para ir al Padre, por medio de Cristo en el Espíritu (cf. Ef 2,18).

Esto quiere decir que, en razón de su maternidad, María se halla insertada en la única mediación de Cristo y está totalmente a su servicio. El Papa se remite aquí a su encíclica *Redemptoris Mater*, donde afirma que la “mediación materna” de María es una auténtica “mediación en Cristo” (n. 38). La mediación de María, intencionadamente calificada por el Papa como

mediación materna, se encuentra así fundamentada en las más profundas verdades marianas.

Esta mediación es al mismo tiempo una profunda lección de María a todos los hombres. El valor de la vida de María radica precisamente en el cumplimiento de la voluntad divina. El Papa subraya que María fue modelo de fe y de esperanza sobre todo cuando, en la tempestad de la pasión de su Hijo, conservó en su corazón una fe total en él y en el Padre. Por consiguiente, las palabras: «Haced lo que él os diga», señalándonos a Cristo, nos remiten también al Padre, hacia el que nos encaminamos. Nuestra santidad consiste en hacer todo lo que el Padre nos dice.